

La princesa era traviesa

Aline Pettersson

Ilustraciones de Rapi Diego



loqueleg[®]

*Margarita, está linda la mar,
y el viento
lleva esencia sutil de azahar;*

Estoy segura de que si uno se enferma en días de escuela es para disfrutarlo. Para que vengan de visita con regalitos, como los chocolates que me trajo Leti, que es mi mejor amiga. Para ver toda la tele que uno quiera sin regaños, para oír todo el día a los cantantes que te gustan y tener el teléfono en la cama como la abuela. Son unas ricas vacaciones.

Bueno, pero esta vez no ha sido así para nada. Y es que de veras me he sentido malísima. Tuve tanta fiebre que se me cerraban los ojos ¡Qué bárbara!, si hasta me dormí en mis programas favoritos. Y otra cosa que ni yo misma creo, no he probado ni medio chocolate. Claro que tomé fuerzas para levantarme y guardarlos en el escondite secreto antes de que los viera mi hermano Luis. Ya me pasó la otra vez que cuando llegué del colegio, el sue-

lo brillaba con los trocitos de las envolturas, y mi mamá sólo dijo:

—No te enojés, Margarita, que tu hermano es todavía chico y no sabe bien.

Lo bueno es que ya me he empezado a sentir mejor; además parece que yo fui la primera de mi clase en enfermarse. Es un virus, dice mi mamá, y ella sabe mucho porque es bióloga. No puedo creer que esa cosa, que ni se ve de tan chica, tenga más fuerzas que si te cae un ejército entero... Porque quedas como después de la guerra, aunque claro que yo nunca he estado en una guerra.

Ya llevo no sé cuántos días aquí en mi casa, y apenas empiezo a disfrutarlo.

“Quiero agua de limón”, y al rato llega la jarra.

“Quiero una gelatina de frambuesa”.

“Quiero otra almohada”.

“Quiero... Quiero... Quiero...”.

Es delicioso pedir como si yo fuera una princesa y que se cumplan todos mis deseos. Lo malo es que no se me han ocurrido muchos. Además, casi no he tenido visitas, porque no dejan venir a nadie para que no se contagie, aunque muchos niños ya se han enfermado. El colegio debe estar medio vacío.



Pues hoy vinieron las abuelas. La bisabuela me trajo un libro de cuentos que era de ella: *La isla del tesoro*. Se ve viejísimo, como ella, pero tiene unos dibujos muy bonitos. Y cuando lo abrimos, de entre sus páginas cayeron chorros de tréboles.

—¡Qué barbaridad!, debo haber tenido tu edad, como diez años, cuando juntaba los de cuatro hojas.

—Mi edad no, yo tengo once.

—Bueno bueno, sé que no es lo mismo, pero ya se me olvidaron las diferencias —dijo la bisabuela, y me guiñó el ojo. Ella lo hace siempre que nos contamos cosas secretas.

Mi abuela me trajo una pijama de regalo:

—Para que aunque estés enferma, te veas muy linda.

La parte de arriba es de rayas azul marino con dos raquetas cruzadas, porque ella quiere que yo sea una tenista famosa. La bisabuela dice que un día de éstos me dirá qué quiere que yo sea de grande. Pero si uno está enfermo no va a pensar en eso. Faltan como mil años. Y, además, yo tengo mis propios planes.

—Déjame probar tu gelatina de frambuesa —me pidió la bisabuela—. ¡No!, no es como la que yo le hacía a tu abuela cuando era niña y se enfermaba.

—Todas son iguales, bisa.

—Tal vez ahora, lo que es que yo... yo iba a una huerta a comprar cestos de fruta y luego la hervía con azúcar, después la pasaba por el colador chino y le ponía unas hojas de grenetina que vaya que apestaban a pescado. Me quedaba riquísima.

—¿Riquísima? ¿Oliendo a pescado chino? ¡Guácala!, prefiero ésta.

—No, niña, no sabes lo buena que me salía. Y así se llamaba el colador, no es que fuera chino.

—¿Y el pescado que le echabas?

—Era grenetina, que se hace con huesos de pescado, y eso le da su consistencia. Con las de ahora no lo sé, aunque me imagino que debe ser lo mismo, sólo que entonces era en hojas, no en polvo que meten en un sobre.

—Y que no huele feo.

—Pues la que yo hacía quedaba con el aroma y el sabor de la frambuesa. ¿No te parece que ésta, más bien, sabe a perfume?

A veces las ideas de la bisabuela son medio raras, debe ser porque tiene montones de años. Pero me encanta que me cuente de sus tiempos. El caso es que ella se fue a su silla y entonces la abuela se sentó junto a mí en la cama, y por un buen rato me cepilló el pelo:

—Hay que cepillarlo bien para que tenga mucho brillo —dice siempre—. El pelo rubio a veces es delicado, vamos a darle una ayudadita.

De pronto se vio la falda:

—¡Qué horror! Miren las manchas —pues sí, la pobre se sentó sobre un trozo de gelatina que se fue derritiendo, y su minifalda verde quedó como salpicada de confeti. Porque mi abuela se viste de

minifalda; en cambio mi mamá, de faldas larguísimas o de jeans.

—Disculpa, hija, pero el agua todo lo borra. ¡Espero!

Sí, tuvieron buena suerte, y la abuela se puso tranquila de nuevo. Aunque yo me cansé mucho y casi se me volvieron a cerrar los ojos. Cuando se iban de puntitas para no molestarme, alcancé a ver a la bisabuela tronar los dedos y decir quedo: “Fucus, fucus, filiucus”, y, luego, guiñarme un ojo.

Yo había pensado ponerme la piyama nueva y empezar a leer el libro, pero decidí que era mucho mejor idea dejarlo todo para la mañana.

Y hoy amanecí sintiéndome muy bien con el libro, la tele, el teléfono y los chocolates. Pero de pronto en la panza me cayeron unos como golpes horribles.

—Mañana, Margarita, de nuevo a la escuela —dijo mamá.

—Pero me duele la barriga.

—Pues ya se te quitará si no te atiborras de chocolates.

Bueno, no es que la escuela sea siempre espantosa; sólo a veces, cuando dan las calificaciones o

cuando me pasan al pizarrón a hacer un dibujo o no podemos salir a jugar al patio por la contaminación... Porque muchas otras veces es divertida, se puede platicar con muchísima gente y hacer deportes o matemáticas y, claro, lo del teatro.

Y es que a mí me encanta el teatro. Los niños de mi salón vamos a hacer uno. Bueno, si me dan el papel de Freya, la princesa capitana, nadie va a poder olvidarme nunca. Pero Mónica es la consentida de la maestra Berta y yo he faltado todos estos días. A lo mejor ya los escogieron... ¿Quiénes serán los capitanes Tlon y Uqbar? Si escogen al odioso de Gilberto, me muero. O, por lo menos, tendré que volver a enfermarme. Lalo dice:

—Échate ajo en la axila; nunca falla, el termómetro se pone rojísimo, a punto de explotar.

Pues yo nunca he tenido su buena suerte, pero lo probaré, de todos modos, porque si me dan un papel, y resulta que también se lo dan a Gilberto... “Ya veremos, ya veremos, dijo un ciego y nunca vio”, dice siempre la bisabuela. Pero sería tan espantoso como comer hígado o riñones o lengua.

Mañana voy a saberlo.

*yo siento
en el alma una alondra cantar:
tu acento.*

Qué gusto que vino ayer la bisabuela porque este día empezó muy muy bien, y es que yo la vi diciendo sus palabras mágicas. Bueno, primero no empezó así; me costó muchísimo trabajo levantarme con el despertador. Parecía que no hubiera dormido nada, pero nada. Y mi mamá, apurándome como de costumbre. Ella me acompaña casi siempre a pie a la escuela, que está muy cerca, y luego toma el metro para irse al laboratorio. Mi papá dice: “No hay mejor escuela que la que está cerca”.